

REBECCA YARROS

LEGACY
DONDE TODO
ES POSIBLE

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



Título original: *Ignite*

Copyright © 2016, Yarros Ink, Inc.

Esta edición se publica mediante acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y THE FURY AGENCY.

Traducido por: Pilar de la Peña Minguell

Créditos de portada: Lidia Vilamajor

Imágenes de portada: © Natali Brillanata / Shutterstock y © Swissmediavision / Getty Images

Fotografía del autor: Katie Marie Seniors

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2026

ISBN Volumen: 978-607-39-4798-5

ISBN Obra Completa: 978-607-39-4199-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

1

RIVER

Estaba increíblemente agotado.

Entornando los ojos para protegerme de la luz intensa, salí de la casa de la unidad de bomberos forestales Sol de Medianoche a las 22:45. En mi vida había visto un nombre más adecuado para una unidad forestal.

Llevábamos ya siete años allí, desde que me habían dado una plaza en la Universidad de Alaska, pero el sol nocturno de finales de julio aún me tomaba por sorpresa de vez en cuando.

Supongo que mi cerebro seguía en modo Colorado.

—¡Carajo, qué largo se me ha hecho este, Riv! —me dijo Bishop, pasándome el brazo por el hombro y estrujándome.

Me había hecho lo mismo después de cada incendio al que habíamos acudido juntos. Sabía que le fastidiaba que hubiera decidido llevar aquella vida con él. ¿Qué pensaba que iba a hacer, dejar que mi hermano mayor siguiera los pasos de mi padre y no acompañarlo? ¡Ni de

broma! En cuanto tuve edad suficiente, solicité el puesto y me maté en la universidad para sacarme el grado de Forestales, y allí estábamos los dos.

—Me alegro de que haya terminado. Por un momento, la cosa se puso fea.

Desbloqueé las puertas de mi F250 mientras él me alborotaba el pelo como si fuéramos unos niños. Unos mechones de aquella mata de recio cabello oscuro se me quedaron enganchados en la barba de tres días en cuanto el pelo volvió a caerme por la cara. Yo, como mucho, podía llevarlo por la barbilla; no entendía cómo se las arreglaba Bishop con aquella melena por la espalda.

«Nuestra madre es cheyene» era su explicación.

—Sí, se puso feísimo —reconoció él—. Siempre puedes buscarte un trabajo más fácil en los Servicios Forestales, sin incendios, con un horario decente, un paisaje bonito... —me dijo antes de que desbloqueara las puertas de su camioneta.

—Ni tú te lo crees —contesté, y lancé la bolsa manchada de tierra a la zona de carga.

—Ojalá lo hicieras —masculló.

—¿Gim? ¿Mañana? —pregunté ignorando la broma, porque, aunque Bishop solo tuviera tres años más que yo, se tomaba muy en serio su papel de hermano mayor.

—Como siempre —contestó, y se subió al coche.

Hice lo mismo, me instalé al volante y cerré la puerta. Arranqué el motor y tomé la carretera para salir de Fairbanks en dirección a mi casa de Ester.

Bishop me animaba mucho en el gimnasio. «Ya puedes correr más que el fuego», solía decirme, y me presionaba como si las llamas me lamieran los talones constantemente.

Tampoco es que me importara el cuerpazo que se me estaba poniendo, que garantizaba la atención de un buen puñado de mujeres.

Claro que, aunque yo sin duda había catado el bufet de féminas de la zona, mis conquistas no eran nada comparadas con las de Bishop.

En cambio, en una cosa estábamos igual: ninguno de los dos había salido con una mujer más de seis meses o así. Bishop las dejaba en ese tiempo, y yo..., bueno, terminaban deduciendo que no eran mi prioridad y, claro, me dejaban ellas a mí.

Cuando tomé el desvío de la Ruta 3 hacia Ester, el sol empezaba a ponerse por fin. ¡Por Dios, si eran las once! Extrañaba las noches cálidas de verano bajo las estrellas en Colorado. Las auroras boreales eran increíbles, sí, pero... no era lo mismo.

«No te quejes del sol, que dentro de nada será de noche casi todo el día».

En el estacionamiento del Golden Eagle Saloon había un lugar libre. Lo ocupé y, en cuanto apagué el motor, bajé de un salto de la camioneta.

Todo mi ser olía a humo ya con mis diez días de trabajo incesante como bombero, pero sabía que ella se alteraría si no pasaba a verla.

Además, yo estaba deseando verla.

La música sonaba fuerte cuando entré en aquella taberna clásica montada en una cabaña de madera. Había bastante gente para ser un sábado por la noche.

—¡River! —me gritó Jessie Ruggles desde la barra, con una faldita muchísimo más corta de lo que necesitaban esas piernas interminables. No me quejaba, que conste—. ¿Volvieron todos a casa enteros?

—Sí, intactos —contesté—. ¿Has visto a...?

—¡River!

Me giré hacia aquella voz y me topé enseguida con cuarenta y cinco kilos de perfección. Ella aseguraba que eran más, pero yo no lo creía.

Avery dio un salto y la atrapé al vuelo sin problema. Me enroscó los brazos en el cuello, encajándome un beso en la nuca de aquella forma que siempre me derretía.

—Estás bien —susurró muy cerca de mi cara.

Aun estando en el bar, olía de maravilla, a manzanas y canela caliente.

—Estoy bien, Avery —le prometí, pasándole las manos por la espalda—. Todos lo estamos.

Ella asintió, pero no dijo nada, solo me apretó un poco más fuerte. Había vuelto a casa de innumerables incendios desde que era mi mejor amiga, y siempre me recibía así.

No había nada mejor en todo el planeta.

Siempre me quedaba allí parado, en medio del bar, dejando que me abrazara todo lo que quisiera, más que

nada porque no me cansaba nunca de tenerla en mis brazos.

Avery Claire era mi mejor amiga desde los dieciocho años.

Y yo estaba enamorado en secreto de ella desde entonces.

Quizá algún día pudiera decírselo, pero aún no era el momento. Claro que el año siguiente tampoco pintaba bien...

Respiró hondo una vez más, se deslizó por mi cuerpo y, en cuanto posó los pies en el suelo de madera, retrocedió un poco. Entonces me miró de arriba abajo, en busca de cualquier cosa que pudiera parecerse a una herida, se colocó la larga melena rubia por detrás de las orejas y asintió con la cabeza, satisfecha.

Avery tenía la tez tan clara como yo oscura; su piel era pálida, mientras que el sol y mi herencia cheyene materna bronceaban la mía. También era tan menuda como yo corpulento, curvilínea donde yo era recto, y aquellos shorts que llevaba no disimulaban para nada sus piernas bien torneadas.

—¿Ves?, estoy perfectamente —comenté con una sonrisita.

—¿Me lo prometes? —inquirió, frunciendo aquellos preciosos ojos azules.

—Huelo a humo y estoy agotado, pero sigo de una pieza. De hecho, iba para casa, pero supuse que esta noche trabajabas...

—...y que te armaría un escándalo si no me avisabas de que ya habías regresado.

—Podría haberte mandado un mensaje.

—No es lo mismo —repuso, y se le ensanchó tanto la sonrisa que casi iluminó el mundo con ella—. Me alegro de que estés de vuelta.

—Y yo. ¿Zeus me extrañó?

—Tu husky es el perro más ñoño y llorón que he conocido en mi vida, pero sí, lo tienes en casa, contento y con la panza repleta de premios.

—Es como un niño grande —reconoció.

—Igual que su dueño —bromeó ella.

—Avery, ¿qué tal si sigues trabajando? —le soltó Megan desde detrás de la barra con su voz ronca de fumadora. Era una mujer atemporal que se había quedado congelada en los cincuenta y tantos. No había cambiado nada desde que yo había llegado allí, hacía siete años.

—Sí, sí —respondió Avery—. Perdona, tengo que dejarte.

—Lo sé, tranquila. Te veo mañana...

—¡Riv! —Adeline vino corriendo a mí, hecha una maraña de pelo.

La atrapé al vuelo también y la abracé con fuerza.

—¡Hola, Addy! ¿Qué haces aquí?

Ella se apartó y miró de reojo a Avery.

—Iba a quedarme en casa de Stella, pero tuvo que salir de viaje con sus padres.

Asentí y, al mirar de reojo a Avery, vi que se mordía

el labio inferior. Sabía que le fastidiaba llevarse al bar a su hermana, que solo tenía trece años, pero lo prefería a dejarla en casa sola con su padre.

—¿Por qué no te quedas esta noche en mi habitación de invitados? —pregunté.

Ella abrió mucho los ojos, emocionada.

—¿Me dejas ver *Juego de tronos*?

—Ni hablar —contesté—. Pero creo que tengo todos los episodios de *Arrow*.

—Funciona. Stephen Amell está buenísimo.

—Si tú lo dices... —contesté sonriente.

Addy siempre me hacía sonreír.

—¿Seguro que no te importa? —preguntó Avery, nerviosa.

Me dieron ganas de tomarle la cara con ambas manos, acariciarle las mejillas con los pulgares y plantarle un beso tierno en los labios. En cambio, le apreté la mano.

—Claro que no. Ven cuando acabes. Te quedas a dormir con Adeline y mañana desayunamos los tres por ahí...

Ella asintió con una sonrisa.

—De acuerdo. Cierro a las dos y voy para allá.

Habría dicho lo que fuera por verla así, despreocupada y feliz. Siempre estaba guapa, pero, con aquella sonrisa, la veía guapísima y no me cansaba de mirarla.

—Tienes llaves, entra sin tocar. ¿Nos vamos, Addy?

—¡Sí!

Su entusiasmo me hizo reír de nuevo.

—Está bien, tampoco te emociones, que igual Zeus quiere dormir contigo y huele a perro.

—Bueno, pero es genial y da calorcito.

—Eso es verdad —reconocí, y luego volteé hacia su hermana mayor—. ¿Nos vemos por la mañana?

Avery asintió y se puso de puntitas para abrazarme, la única forma de salvar la diferencia entre mi metro noventa y seis y su metro sesenta y nueve.

—Gracias por acogerla —me dijo, apretándome fuerte—. No podía dejarla allí sola. Por las noches se pone muy violento.

«Cuando bebe».

—De nada —contesté, le devolví el abrazo y la dejé seguir con el trabajo.

Luego me llevé a Adeline.



—Me encanta tu casa —dijo Addy mientras subíamos los escalones del porche.

—No es tan grande como la tuya —contesté yo metiendo la llave en la cerradura.

La había construido yo mismo, con ayuda de Bishop y de unos obreros a los que habíamos contratado, claro, y me encantaba el diseño de cabaña tradicional que escogí, aunque no fuera gran cosa.

—Pero parece más un hogar que la mía —repuso ella cuando abrí la puerta.

—¡Eh! —Zeus salió disparado por la puerta y me derribó. Con sus más de cincuenta kilos sobre mi pecho, me dejó sin aliento y empezó a darme lengüetazos en la cara, lloriqueando—. Sí, yo también te extrañé, amigo —lo tranquilicé, acariciándole el grueso pelaje.

Me miró con cierta desaprobación en aquellos ojos azules, como si yo pudiera controlar la duración de los incendios, y luego me dejó levantarme. Le masajee la cabeza unas cuantas veces más y empezó a perdonarme.

—Vuelve cuando termines —le dije, y salió disparado hacia el bosque.

No estaba mal tener cuatro hectáreas de terreno solo para mí.

Me llevé dos dedos a los labios y planté un beso en la foto enmarcada de mi padre que tenía colgada justo en la entrada de la casa.

Había que mantener algunos rituales, y ese era uno, desde luego.

—Ya estoy en casa, papá.

—¿Por qué haces eso? —quiso saber Addy.

—Porque siempre le cuento que sigo entero cuando vuelvo de trabajar en un incendio —le expliqué, y pasé de largo el recibidor, cargado con mi equipaje.

—¿Porque él no lo consiguió?

Aquella pregunta inocente me tomó desprevenido.

—Eso es. Murió junto con toda su unidad, la brigada de élite de Legacy, en un incendio que asoló nuestro pueblo.

Addy miró la foto de mi padre, vestido con su equipo de bombero, y luego a mí.

—¿Cuánto hace de eso? —quiso saber.

—Diez años.

«Diez años y un par de semanas», me dije.

—Qué tristeza. Lo siento mucho.

—Gracias. Es duro perder a un padre o una madre, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo no me acuerdo de mi madre, la verdad, así que... —repuso levantando los hombros.

—No creo que eso lo haga más fácil. Una pérdida es una pérdida.

Me dio la razón con la cabeza y escudriñó la foto de mi padre.

—Era guapo.

—A mi madre le parecía, desde luego. —Se habían querido de una forma que me había hecho pensar que yo no podía conformarme con menos—. Aún tienes tus cosas en el tocador —le dije a Addy mientras entraba en el salón.

No era la primera vez que se quedaba a dormir en casa cuando Avery tenía turno de noche, ni sería la última.

—¡Gracias! —contestó, y se metió en el cuarto de invitados, donde estaba la televisión de setenta pulgadas que había comprado casi exclusivamente por ella.

Quería muchísimo a Avery, pero Adeline era mi debilidad.

Zeus lloriqueó al otro lado de la puerta y lo dejé entrar; luego llevé mi bolsa al cuarto de lavado.

Como de costumbre, toda mi ropa olía a humo, pero en realidad no me molestaba hasta que llegaba a casa. En cuanto entraba, me faltaba tiempo para quitarme la peste de la piel, del pelo, de la ropa. Lo metí todo en la lavadora, eché detergente y la puse en marcha. Con suerte, el primer lavado se llevaría el olor del incendio.

Me hizo falta un baño largo para conseguir lo mismo con mi cuerpo.

Ya limpio, tomé una cerveza del refrigerador, puse la tele para ver qué pasaba en el mundo y, poniéndome la *laptop* en el regazo, eché un ojo a las redes sociales. Zeus se acurrucó a mi lado y yo lo acaricié distraído mientras curioseaba.

«Drama».

«Drama».

«Un bebé lindísimo».

«Drama».

«Carajo, ¿cuándo se casó?».

Hacía tanto que me había ido de Colorado que había perdido por completo el contacto con aquella realidad.

Al cabo de unos minutos, cerré la computadora, dejando atrás a mis amigos, tanto a los de la universidad como a los de Colorado, cambié de canal y me desconecté del mundo un ratito.

Había salido ileso de otro incendio. Miré la foto de

mi padre y le dediqué un brindis con la botella de cerveza. Luego le di un trago largo y recosté la cabeza en el sofá.



—¿Riv...?

Aquella voz suave me sorprendió y levanté la cabeza mientras alguien me quitaba la cerveza de la mano.

—¿Avery? —pregunté, con la voz pastosa a causa del sueño.

—Sí —contestó, acariciándome el pelo—. Te quedaste dormido.

—Mmm... —repuse cediendo a sus caricias—. ¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto.

Me incorporé y me desperecé.

—¡No me digas!

—Estarás agotado —dijo Avery acurrucándose a mi lado.

La envolví con un brazo y, con el otro, le eché una cobija por encima.

—Pues sí —reconocí—. Y seguro que tú también.

—Ajá —respondió, e instaló la cabeza en aquel sitio de mi pecho en el que encajaba a la perfección mientras soltaba un bostezo tremendo.

«Hazlo ahora». Siempre que iba a un incendio me juraba que, al volver a casa, le contaría lo que sentía.

Sabía que ella no buscaba una relación, que pensaba que solo tenía tiempo para cuidar de su padre, casi postrado en una cama, y que cumplir con sus dos trabajos y criar a su hermana prácticamente sola eran sus únicas prioridades... Pero quería que supiera que ella era mi única prioridad.

Y si la cosa se complicaba, si se ponía fea, entonces, ¿qué? Yo no iba a irme a ninguna parte, y ella tampoco. Ya encontraríamos un modo de arreglar lo que fuera.

Además, aunque pasaran los años, yo no querría a nadie más; eso lo tenía claro. Todas mis relaciones fallidas me habían demostrado que no existía reemplazo posible para Avery Claire.

Suspiré hondo.

—Oye, Avery...

No contestó.

Me moví lo justo para ver que tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, y que respiraba de forma profunda y regular. Se había dormido.

Debería haberla llevado a su cama, pero apoyé la cabeza en el sofá y disfruté de la sensación de quedarme dormido con ella entre mis brazos.

No habían pasado ni cinco minutos cuando alguien aporreó la puerta de la cabaña. Me incorporé sobresaltado y por poco tiro a Avery al suelo.

—¿Quién demonios...? —mascullé, mirando por la ventana.

Ya era de día, claro que en Alaska eso no significaba mucho.

—¡Carajo, son las ocho! —exclamó Avery, desperezándose a mi lado.

No me fijé en cómo la camiseta de tirantes se ajustaba a sus pechos ni en su bostezo soñoliento, con el que doblaba la lengua como un gatito. Tampoco me imaginé colocando de inmediato su cuerpo calentito bajo el mío, ni despertándola del todo con un orgasmo que hiciera que aquella voz ronca gritara mi nombre.

No, qué va.

«Caraaajo».

Seguían aporreando la puerta, así que me levanté y fui al recibidor, donde ya estaba Zeus, meneando la cola. Abrí y el perro salió, pasando como una bala al lado de Bishop, que me miraba con los labios apretados.

Aquella cara nunca era buena señal.

—Vaya perro guardián tienes —comentó mientras entraba.

—Zeus sabía que eras tú —respondí—. Además, tengo veinticinco años. No seas aburrido, que solo me llevas tres.

—Claro —contestó él, mirando la foto de nuestro padre antes de irrumpir en la sala.

Si con aquel comentario no saltaba, era porque pasaba algo muy feo.

—Hola, Avery —saludó hacia la cocina, donde ella estaba haciendo café.

—Bishop... —contestó con una sonrisa—. ¿Un café?

—Me vendría de maravilla —respondió mi hermano, y volteó hacia mí—. ¿Estás despierto?

—Te abrí la puerta, ¿no? —Crucé los brazos—. No habíamos quedado hasta dentro de dos horas. ¿Qué haces aquí?

Él apretó la mandíbula.

—Me llamaron esta mañana temprano.

—¿Quién?

Si no era una llamada de ultratumba de nuestro padre, no veía motivo para que me hubiera arrebatado tan bruscamente de los brazos de Avery.

—Sebastian Vargas.

—¿Bash? ¡No me jodas! —Negué con la cabeza, convencido de que había oído mal—. ¿Pasó algo en casa?

¿Por qué iba a llamar Bash? Él estaba en una unidad de bomberos forestales en California. ¡Se había ido de Legacy a la vez que yo!

Bishop tragó saliva y apretó los puños.

—Van a resucitar la brigada de élite.

Me quedé pasmado.

—¿Cómo? Repítelo.

Él asintió.

—Sí, a mí tuvo que decírmelo unas seis veces. No lo creí hasta que Emerson Kendrick tomó el teléfono.

—¿Emmy también está en esto?

Tanto el padre de Emerson como el de Bash habían

muerto con el nuestro. Los habían enterrado juntos en los montes de Legacy.

—Parecía imposible, pero consiguieron que el ayuntamiento acceda con una condición.

—¿Cuál?

Me asaltaron todas las emociones posibles y me llené de incredulidad, de esperanza, de orgullo y de cierto recelo.

¿Era buena idea resucitar una brigada que había perecido casi entera en un incendio? ¿Sería una forma de hacerle justicia? ¿Estaría la nueva brigada condenada a sufrir el mismo destino que la de nuestros padres? Habíamos enterrado a dieciocho de los diecinueve que la formaban.

Y, aunque era cierto que no habíamos querido otra cosa en los primeros cinco años después de la tragedia, como el tiempo iba pasando y nos lo habían negado una y otra vez, bueno..., lo habíamos dejado por imposible.

—La brigada tiene que estar compuesta principalmente por descendientes de bomberos, de hijos de los miembros originales.

Me quedé allí parado, contemplando a mi hermano mientras lo digería. Él cabeceó despacio, como si entendiera lo mucho que me estaba costando procesar la noticia.

Luego miré a Avery, que sacaba una taza humeante de debajo de la cafetera Keurig.

—Dilo —gruñí, consciente de que sus siguientes palabras iban a hacer pedazos todos mis planes.

—Nos necesitan. Si queremos resucitar la brigada de élite de Legacy..., hay que volver a casa.

«Me cago en mi vida».